



# RUANDA

## Historias de paz y perdón

Hace 25 años que estalló el «conflicto» entre hutus y tutsis en Ruanda. Cien días de terror y muerte que han escrito una de las páginas más violentas de la historia de la humanidad. Después era necesario hacer justicia y el proceso de reconciliación. Se ha convertido en un ejemplo del horror, pero también ha demostrado su capacidad de vivir en igualdad.

**T**COSAS de tribus. Cosas de distintos. Cosas de salvajes. Eso no puede pasar aquí, nunca. Nosotros somos diferentes, nosotros estamos civilizados, avanzados... Esto nos transmitieron hace veinticinco años los medios de comunicación; pocas noticias, y esas pocas nos alejaban del problema, lo situaban lejos y extraño.

Esto nos decimos para protegernos del vértigo que produce saber que nadie está a salvo de un conflicto violento, del espanto de comprobar la gran capacidad de daño y de mal que tiene el ser humano.

Durante el genocidio de Ruanda, en 1994, murieron unas 800.000 personas a manos de sus paisanos y

vecinos. Antes y después también hubo más matanzas de una y otra parte, sumando casi un millón de muertos a causa del conflicto. Cientos de miles de personas tuvieron que abandonar su hogar, su país, muchas de las cuales aún no han vuelto. Además, se cuentan por miles las víctimas del conflicto y la violencia como huérfanos, heridos, víctimas indirectas, familias rotas e historias cortadas.

Pero el espanto de la muerte violenta no se cuenta en cifras. Ya estamos acostumbrados a medir la importancia de los hechos por el número de muertos, por el número de asistentes, por el número de desapareci-

dos, por el número de hambrientos, por el número de beneficiados, etc. Números. Personas. Son conceptos incompatibles. Los números no sirven en el infinito. Tenemos que cambiar de dimensión, si queremos entender nuestro mundo. Una sola persona muerta es el todo, una sola persona es el infinito. Es la vida humana la que da el valor infinito a la persona.

No importa que fuera un millón. Importa que eran vecinos, amigos a veces; importa que la obediencia ciega nos lleva a hacer cosas que ni imaginamos; importa que cuando los testigos huyen o no hacen nada, el violento se hace fuerte; importa que los discursos que construimos o que admitimos nos pueden llevar al odio o al miedo, a deshumanizar al otro, a vernos siempre como las víctimas, a sentir que sufrimos más, que se nos ataca más... Importa que esto no solo pasa lejos, no solo pasa fuera, no solo pasó antes, hace tiempo. Importa que esto pasa ahora, en todo conflicto, importa que sigue pasando, aquí, a nuestro lado. No somos distintos, somos humanos.

Pero entonces pasó en Ruanda, y se dieron todos los elementos y las circunstancias para que la matanza fuera violenta y descontrolada. El odio y el miedo entre los dos grupos se había incubado durante décadas. Habían vivido injusticias, desigualdades, agresiones de una parte a otra, y de la otra en respuesta; habían tenido líderes que alimentaron sentimientos de indignación y deseos de venganza; habían tenido y tenían medios de comunicación al servicio del violento, de la historia incompleta, del titular sesgado y del eslogan fácil. En los años 60, la Revolución Social, con más de cien mil víctimas; en 1990 la guerra civil, una guerra que en realidad fue un recrudecimiento de los enfrentamientos que ocurrían desde el fin de la monarquía, en 1961, y que no habían cesado en ningún momento. Entonces, en 1994, casi un 10% de la población vivía fuera de Ruanda, exiliada, refugiada, por la violencia previa al genocidio, una población que deseaba volver a su país, recuperar su hogar, recuperar su identidad.

Y llegó la matanza. Y en la mente de quienes mataban no era una matanza, era «la solución final», el fin de la injusticia y la opresión, la única mane-

## La verdadera reconciliación pone a las víctimas en el centro del proceso, hace de ellas las protagonistas de cada paso.

ra de liberar a su grupo y asegurar que nunca más volverían a estar sometidos. En la mente de quienes mataban las víctimas no eran personas, eran «inyenzi» (cucharachas), eran culpables, eran demonios. Y en la mente de quienes mataban ellos no mataban, trabajaban en grupo, obedecían órdenes, salvaban su propia vida ante las amenazas si se negaban a matar. Y fueron 100 días de terror irracional; 100 días en los que las fuerzas de paz de la ONU y los observadores extranjeros abandonaron el país, miraron para otro lado, decidieron permitir que siguieran matando, decidieron lavarse las manos.



El país recuerda a las víctimas y mira hacia atrás para insistir en lo que no se debe repetir.

Y después de la matanza, otra matanza en sentido contrario, y después los juicios y la cárcel. Y después de la cárcel, varios años después, volver a la comunidad, al vecindario, a la misma parroquia, a las mismas calles, al mismo campo que las víctimas. ¿Cómo conseguir mantener una paz raquítica en un ambiente tan cargado de dolor, miedo y odio?

Han pasado veinticinco años desde el genocidio, y los ruandeses conviven hoy en paz. No solo por la fuerte represión política y militar, que la hay. No solo por el miedo a que se repitan el espanto y el horror, a que se repita una página de su historia que les avergüenza y les confunde. Los ruandeses conviven hoy en paz, sobre todo, por los esfuerzos de la gente de



**El genocidio se cobró casi un millón de muertos. Cientos de miles de personas tuvieron que abandonar su hogar y se cuentan por miles los huérfanos, heridos, víctimas indirectas y familias rotas.**

bien por reconstruir, por superar un pasado que les llena el alma de negrura y de rencor, o de vergüenza y de confusión. Es en el terreno personal donde se mueve la bondad, donde sopla el Espíritu; es en el terreno personal donde hemos presenciado auténticos milagros, el inmenso poder del bien.

Por un lado, muchos agresores (no todos), los que simplemente obedecían órdenes o protegían su vida ante la amenaza de las milicias («O matas o te mato»), después de un tiempo en la cárcel, están empezando un proceso de reflexión y arrepentimiento, han admitido su responsabilidad, sin excusas, sin justificaciones, han reconocido su parte de responsabilidad, han caído en la cuenta del dolor causado, y han buscado el contacto con las víctimas para ofrecer algún tipo de reparación o compensación. También han tenido que buscar la manera de reconstruirse, de rehacer su identidad, de volver a saber quiénes son ahora, con esa historia detrás, con sus manos manchadas de sangre; han tenido que aprender a convivir con la culpa y la vergüenza, aun habiendo pagado ya la pena de prisión en condiciones inhumanas impuesta por sus autoridades. Han tenido que responder a la gran pregunta, ¿quién soy yo? y han tenido que seguir viviendo con la carga de una respuesta difícil.

Por otro lado, algunas víctimas (no todas) están teniendo la valentía de reencontrarse cara a cara con sus agresores, con los asesinos de familiares y amigos, con los que arrasaron sus tierras y quemaron sus casas. Algunas víctimas han dicho «sí» a la petición de encuentro, a la petición de escucha, de diálogo, de perdón. Y han escuchado, y han entendido, han conocido el dolor que arrastran los agresores. Algunas víctimas (no todas) están perdonando. Algunas víctimas están reconociendo la humanidad en el otro; algunas víctimas están siendo capaces de ver más allá de su dolor, más allá de la justicia, más allá de su derecho a no perdonar. Porque perdonar es un derecho; es una elección, es una decisión. Es la voluntad de cambiar algo en el corazón.

Algunas víctimas están decidiendo no seguir odiando. Y otras siguen odiando porque no encuentran la manera de evitarlo, pero también deciden no



Agresores y víctimas han querido construir una sociedad sana para vivir en paz por

transmitir a sus hijos ese odio, no llevarles a una vida de rencor y amargura, quieren evitar que sus hijos hagan de su alma rota el centro de sus vidas.

Algunas de estas historias las conocimos en nuestro viaje a Ruanda (*Ruanda se reconcilia*. María Prieto Ursúa, Ángela Ordóñez Carabaño, Pilar Úcar Ventura, José García de Castro Valdés, SJ. Ed. Mensajero). Historias de reconciliación, historias de paz y de perdón. Ejemplos de que sí, de que es posible. Ejemplos de iniciativas personales, comprometidas en construir un futuro distinto, comprometidas en superar su historia y en aprender a convivir. Comprometidas en el profundo cambio de actitud que supone la verdadera reconciliación, que es mucho más que la solución de los conflictos, que es mucho más que la negociación o la mediación, que es mucho más que evitar una futura agresión y que, por supuesto, no es nada parecido al «aquí no ha pasado nada», al «hay que mirar al futuro y olvidar el pasado».



caminos de escucha, encuentro, perdón y reconciliación.

La verdadera reconciliación pone a las víctimas en el centro del proceso, hace de ellas las protagonistas de cada paso. Pero la verdadera reconciliación no es solo sanar las heridas producidas por la violencia; es un proceso más comprensivo, capaz de contribuir a la creación de espacios seguros para que la no-violencia pueda ofrecer un camino de transformación social. Un proceso de verdadera reconciliación supone que el orden social en el posconflicto, el delicado equilibrio del día después, no es solo un orden impuesto por las autoridades públicas, sino un orden construido desde abajo, desde la sociedad, desde procesos sinceros de cambio personal, un orden basado en la protección de derechos políticos, económicos y culturales de los ciudadanos, en la creación de espacios para la resolución pacífica de los conflictos.

En Ruanda hay una preocupación genuina por el bien de la comunidad; todos los ruandeses se saben y se sienten parte de algo más grande que ellos mismos,

## Los ruandeses conviven hoy en paz, sobre todo, por los esfuerzos de la gente por reconstruir, por superar un pasado que les llena el alma de negrura y de rencor, o de vergüenza y de confusión.

y es inconcebible buscar el propio bienestar por encima o por delante del bienestar común. Esta dimensión comunitaria ayuda a responsabilizarse de la tarea de construir una sociedad sana, de hacer posibles las condiciones que permiten una vida en paz. A veces el perdón y la reconciliación nacen del deseo de contribuir al bien común, aunque eso suponga un esfuerzo por superar el sentimiento personal.

Y estas personas, agresores y víctimas que empiezan caminos de escucha, de encuentro, de perdón y reconciliación, nos salvan a todos. Nos hacen grandes a todos con su grandeza. Muestran de lo que es capaz el ser humano, muestran que el dolor y el mal no son la última palabra, nunca son la última palabra, siempre podemos ir más allá.

En el cuento *La forma de la espada*, Borges dice: «Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres. Por eso no es injusto que una desobediencia en un jardín contamine al género humano; por eso no es injusto que la crucifixión de un solo judío baste para salvarlo. Acaso Schopenhauer tiene razón: yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres...». Cualquier hombre es todos los hombres. Y todos somos uno cualquiera. Y lo que hace un solo hombre es como si lo hicieran todos los hombres. Un solo gesto de amor son todos los gestos de amor posibles. Eso es la comunidad. Ese es el milagro del Reino de Dios.

El Reino no se construye sumando actos buenos; se construye con uno solo, con cada uno. Cada gesto hace real esa realidad que no está en ninguna parte, salvo cuando se hace posible aquí y ahora. Los ruandeses, especialmente en las zonas rurales, están construyendo el Reino en el nivel micro; están encarnando el bien, la gratuidad, la generosidad. Nos están enseñando un camino real que todos podemos recorrer, porque ellos lo están recorriendo de forma ejemplar desde hace años. Están regalándonos preciosas historias de paz y perdón.

MARÍA PRIETO  
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales  
Universidad Pontificia Comillas